

tancia y de confianza. Á la edad de diez y nueve años fué nombrado ayudante general de Virginia, con la categoría de mayor, y jamás engañó á aquellos que depositaron su confianza en él. Siempre estaba dispuesto, era obediente y respetuoso. Á la edad de veinte y tres años fué nombrado coronel y comandante en jefe de todas las fuerzas levantadas en Virginia, para cooperar con las tropas inglesas á la defensa del territorio occidental contra los franceses. Se amaestró no solamente en el éxito, sino también en el fracaso, lo cual evocó su espíritu indomable.

La vida de Washington ha sido escrita tan frecuentemente que es innecesario referirse á ella más que para señalar la completa rectitud de conciencia, su espíritu de abnegación, la pureza de los móviles con que entró en favor y llevó á cabo la libertad é independencia de su patria. Ningún hombre podía ser más puro, ningún hombre podía ser más desinteresado. En la victoria se dominaba á sí mismo; en la derrota era impasible. Magnánimo y puro lo fué siempre. En el general Washington es difícil saber lo que se debe admirar más, si la nobleza de su carácter, el ardor de su patriotismo, ó la pureza de su conducta.

Cuando renunció su puesto de comandante en jefe, dirigió un escrito á los gobernadores de los diversos Estados, y al final de él decía: « Es mi oración constante pedir á Dios que os tenga á vos y al Estado que gobernáis, en su santa protección; que incline los corazones de los ciudadanos á que cultiven un espíritu de subordinación y de obediencia hacia el gobierno; que abriguen un fraternal afecto y amor el uno por el otro, por sus conciudadanos de los Estados Unidos en general, y particularmente por sus hermanos que han servido en sus ejércitos, y en fin, para que bondadosamente nos disponga á todos á hacer justicia, á amar la misericordia, y á conducirnos con aquella caridad, humildad é índole pacífica de ánimo que eran los rasgos característicos del Autor Divino de nuestra santa religión: sin una humilde imitación de su ejemplo en estas cosas nunca podremos esperar que llegaremos á ser una nación fe-

liz. » ¡Cuán sencillas, cuán llenas de verdad, y cuán bellas son las palabras de Washington!

Al hablar de la vida del soldado, sería imposible terminar sin referirnos al duque de Wéllington. Era el Bayardo de Inglaterra. Su primera y última palabra era: *Deber*. Eso fué el principio capital de su vida. En público y en privado, era la verdad personificada. Como hombre público no tenía sino un propósito: hacer todo lo que sus aptitudes le permitieran en favor del servicio de su país. Parece que nunca le impulsó el deseo de honores y de poder. No tenía ambición personal. Se hallaba sencillamente contento con cumplir con su deber.

De lo primero que se preocupaba era ponerse al corriente de su tarea como jefe, y al poco tiempo de asumir el mando de un batallón, lo ponía como el mejor disciplinado del servicio. Cualquier cosa que se le ordenara, lo hacía con energía y puntualidad. Consideraba al tiempo como un período en el cual algo se tenía que hacer, y hacerlo sería y activamente. Otra cosa en que sobresalía era la obediencia. Á su regreso de la India, donde había mandado grandes ejércitos y administrado los negocios de provincias iguales en extensión á muchos reinos europeos, fué nombrado para el mando de una brigada de infantería en Sussex. Ni una palabra de queja ó murmuración salió de él; y cuando se le hacían bromas sobre el cambio de su posición, contestaba de buen humor: — He comido de la sal del rey, y lo que él quiera que yo haga, se convierte para mí en un deber. » Para él, el gobierno del imperio era el gobierno del rey. El trono era la fuente no solamente del honor, sino de todos los derechos y privilegios que gozaba el pueblo. Sin embargo, el trono estaba tan estrechado por la ley, y hasta por la costumbre, como el más humilde de los vasallos. Como el mejor de los caballeros en la época del primer Carlos, era por la corona, como la más grande institución del país, por lo que estaba dispuesto á arriesgarlo todo.

De su valor es innecesario hablar. En estos días de artillería y de infantería, es innecesario que un general se exponga personalmente al peligro. Tiene que dirigir, no tiene que pelear.

como Gough lo hizo espada en mano, entre los soldados rasos en Chillianwalla. Con todo, cada vez que su presencia fué necesaria en un punto de peligro, ó á la cabeza de una columna de ataque, se expuso valerosamente. En la batalla de Assave le mataron dos caballos. En el Duero fué rodeado por un pelotón de caballería francesa, y se abrió paso entre ellos, espada en mano. En Salamanca recibió una contusión en un muslo y una bala le atravesó el sombrero. « Me hallaba cerca de él, dice Napier, por la tarde, junto á Salamanca, cuando la llamarada de la artillería y fusilería relampagueando hasta donde la vista alcanzaba, hacia visible todo lo que él había ganado. Estaba solo, la luz de la victoria iluminaba su frente, su mirada era rápida y penetrante, pero su voz era tranquila y hasta suave. »

La paciencia del duque era extraordinaria. Cuando lo estrechó el ejército de Massena en Torres Vedras, en 1810, casi se rebelaron contra él sus mismos oficiales. Continuamente pedían con insistencia licencias con el propósito de regresar á Inglaterra. « En este momento, dijo, tenemos siete oficiales generales que se han ido ó se van á Inglaterra; y excepto yo y el general Campbell, no hay uno en el país de los que vinieron con el ejército. La consecuencia de la ausencia de algunos de ellos ha sido que, en las últimas operaciones, me he visto obligado á ser general de caballería y de la guardia avanzada, y jefe de dos ó tres columnas, algunas veces en el mismo día. »

En Inglaterra la prensa hizo causa contra el duque, y le acusó « ¡de que no se animaba á correr el riesgo de una batalla! » Aquellos hombres maravillosos, el lord mayor y el concejo municipal de la ciudad de Londres, dirigieron un memorial al rey, pidiendo que se levantara un sumario información, sobre la conducta del duque. La cámara de los Comunes murmuraba. El ministerio vacilaba. Sin embargo, Wéllington sostuvo sus líneas en Torres Vedras. Para sostenerlas sólo tenía las tropas inglesas, porque los portugueses hacían poco ó nada. Con respecto á los cargos hechos en la prensa inglesa, dijo él: « Espero que la opinión del pueblo en la Gran Bretaña no se

dejará influir por párrafos de diarios, y que esos párrafos no expresen la opinión pública ó el sentimiento sobre ese asunto. Por eso yo (que tengo más motivo que cualquier otro hombre para quejarme de los escritos de esta descripción) jamás le presto la menor atención, y nunca he autorizado que haga contradicción alguna ó se dé una explicación en contestación á las innumerables falsedades y montones de errados razonamientos que han sido publicados referentes á mí y á las órdenes que he dado. » Por lo que hace á la amenaza de los respetables lord mayor y concejo municipal, se limitó á decir: « Pueden hacer lo que les plazca; aquí no he de abandonar la partida, mientras sea posible jugarla. »

Los franceses habían sido confundidos por las tropas inglesas detrás de las líneas de Torres Vedras; y finalmente principiaron á retirarse. El duque los siguió. Destruyeron una gran parte de sus armas y sus municiones á fin de que su retirada tuviera menos obstáculos. Saquearon y asesinaron á los campesinos como quisieron. Muchos de los habitantes del campo fueron hallados colgados á ambos lados de los caminos, sin otra razón que la de no haberse manifestado amigos de los invasores franceses. La línea de retirada de los franceses se señalaba por el humo que se levantaba de las aldeas á que habían puesto fuego. El duque alcanzó al ejército de Massena en Fuentes de Onore, y le castigó con una marcada derrota. En seguida tomó á Almeida, tomó por asalto á Ciudad Rodrigo y á Badajoz, derrotó á Marmont en Salamanca, é inmediatamente después entró en Madrid. Notable hecho: mientras el brigadier español Miranda tenía nada menos que cuarenta y tres ayudantes de campo, Wéllington, en su entrada triunfal en Madrid, iba acompañado por un oficial solamente, lord Fitzroy Somerset<sup>1</sup>.

Wéllington era muy humanitario para con los habitantes

1. Nunca ni en ninguna ocasión, ha podido tener un oficial general español cuarenta y tres ayudantes; permítanos el señor Smiles que apongamos á su afirmación una negativa rotunda y absoluta.

N. del T.

del país por donde pasaba. Los españoles temían más á sus propias tropas que á las inglesas. Los españoles saqueaban donde quiera que llegaban, aunque esto les estaba prohibido á los ingleses. Sin embargo, estos últimos se hallaban terriblemente embarazados por falta de dinero y medios de transporte. Cuando las tropas de Wellington perseguían á Massena, tomaron los soldados para quemar alguna leña de los terrenos del conde Castello Melhor. Con una generosidad rara en los jefes de ejército, pagó el duque de su propio bolsillo el valor de la leña que habían tomado sus pobres soldados. « El bien de los intereses del ejército, dijo, agregado á un sentimiento de lástima por los infortunados habitantes, debiera evitar la licenciosa destrucción de forraje y de otra cosa cualquiera. » Mientras que los soldados españoles manifestaban un sentimiento hostil hacia los ingleses en varios modos y particularmente después de Talavera, el duque exigía que « los habitantes pacíficos fuesen tratados con la mayor bondad posible. » Cuando las tropas españolas entraron en Francia, principiaron inmediatamente á asesinar y á saquear á los habitantes. Al notarlo el duque, ordenó que regresaran inmediatamente á España y dió la batalla de Orthez sin ellos. « No soy bastante ruin para permitir el saqueo, » le dijo a Freyre. « Si queréis que vuestros hombres saqueen, debéis nombrar á otro para jefe. »

Wellington estaba mal apoyado en Inglaterra. No tenía facultad para premiar á sus soldados por sus hechos de valor. Mientras los mariscales franceses tenían el poder de estimular á sus soldados por medio de los ascensos, no podía Wellington ascender á ningún oficial por su valor. Todos los ascensos se daban en los guardias de á caballo que estaban en Inglaterra; 17 hombres que nunca habían salido de allí eran ascendidos con postergación de los héroes de la Península! El teniente coronel Fétcher, que había atrincherado la línea de Torres Vedras, dirigido los sitios de Ciudad Rodrigo, Badajoz, Burgos y Salamanca, era aún teniente coronel tres años después, cuando fué muerto por una granada en las trincheras de San Sebas-

tían. Y el bravo é infatigable teniente coronel Waters tenía en 1815, en Waterloo, el mismo grado que había ganado en 1809, en el paso del Duero. Sin embargo, Wellington informaba constantemente sobre sus servicios importantes en sus partes al gobierno británico.

Sus soldados valoraban y apreciaban sus incesantes esfuerzos para mejorar su condición, y estaban enternecidos por la ansiedad que tenía en ahorrar su sangre. Admiraban su imparcialidad, su veracidad, su justicia y su desinterés. Inspiraba ilimitada confianza, tanto á los oficiales como á los soldados. Perdonó á muchos más hombres que á los que castigó. Era necesario mantener la disciplina del ejército, pero él siempre miró benévolutamente á los que estaban en error. Cuando un oficial se conducía mal frente al enemigo, en vez de entregarle á un consejo de guerra, solicitaba con empeño que se le aceptara la baja solicitada por el desgraciado. « Yo prefiero, dijo, dejarle que se retire, más bien que exhibirle ante el mundo. » Una vez desertó un sargento, llevándose el haber de su compañía. En el fondo de esto estaba una mujer, que había embaucado al hombre para cometer este crimen. Había tenido siempre una excelente reputación. El duque le perdonó. Volvió á ser sargento; fué recomendado para oficial y después fué un excelente oficial de estado mayor en el ejército de la Península.

Wellington trataba á sus subordinados con extrema cortesía. Poseía en alto grado la calma, la urbanidad y el encanto de modales, que tienen su origen en un elevado nacimiento, ó que provienen de una elevación natural de carácter. En sus órdenes nunca mandaba, solamente recomendaba encarecidamente y pedía. En sus conversaciones con sus oficiales les rogaba que no usaran lenguaje duro para con sus inferiores. « Las expresiones de esta clase, decía, no son necesarias, pueden lastimar pero jamás convencen. »

Aunque en medio de la guerra, tenía la mayor simpatía por sus soldados. Refiere Napier que vió al duque anegado en lágrimas, cuando después del asalto de Badajoz, se le dió el parte

de que más de 2,000 hombres habían caído en aquella terrible noche. Cuando el doctor Hume entró en la habitación del duque, en la mañana del 18 de junio, para dar su parte de los muertos y heridos en la batalla de Waterloo, le encontró en cama y durmiendo, sin estar afeitado y sin haberse lavado, conforme se había acostado la noche anterior. Cuando fué despertado el duque, se sentó en la cama para escuchar la lectura de la lista. Era una larga lista, y cuando el doctor levantó la vista vió á Wéllington con sus manos entrelazadas convulsivamente, y las lágrimas le corrían surcando sus mejillas tostadas por el sol de las campañas y batallas.

Escribiéndole ese mismo día á su amigo el mariscal Beresford, le decía: «Nuestras pérdidas me tienen aniquilado y estoy insensible á las ventajas que hemos ganado. Le pido á Dios que me salve de tener que pelear otras batallas como ésta, porque tengo el corazón destrozado con la pérdida de tantos viejos amigos y compañeros.» Á lord Aberdeen le dijo: «La gloria de un triunfo como éste, no es consuelo alguno para mí.» ¡Y sin embargo, había ganado una gran batalla, y los aliados estaban en el ardor de la victoria! Cuando recorrió á caballo el campo de batalla, y oyó los clamores y quejidos de los heridos, dió salida á sus lacerados sentimientos de hombre con aquellas memorables palabras: «Nada conozco más terrible que una victoria, excepto una derrota.»

Hablando después en la cámara de los lores, dijo: «Probablemente soy uno de aquellos hombres que han pasado mayor parte de su vida en la guerra, y principalmente en guerras civiles también; y debo decir, que si pudiera evitar á costa de cualquier sacrificio, aunque sólo fuese un mes de guerra civil en el país al que yo estuviese unido, *sacrificaría mi vida* para lograrlo.»

El duque era un hombre muy compasivo. Protegió á los españoles contra la crueldad de sus mismos soldados. También protegió á sus enemigos. Después de la batalla de Talavera, llegaron á las manos los ingleses con los soldados de Cuesta, por impedir que mataran ó mutilasen á los franceses heridos.

Chateaubriand ha dicho: «Tenemos demasiado respeto por la gloria para que podamos contener nuestra admiración por lord Wéllington. Á la verdad, nos sentimos conmovidos hasta las lágrimas, cuando vemos ofrecer á ese hombre grande y venerado, durante nuestra retirada de Portugal, dos guineas por cada prisionero francés que le fuese entregado vivo.»

Toda la vida del duque está llena de rasgos de esta clase. En la India rescató y educó al hijo de Doondiah, hallado tirado entre los heridos. Se interesó en el restablecimiento del general Franceshi, á quien los españoles habían dejado para que muriese en un calabozo pestilencial. Salvó al joven Mascarnas y á muchas otras víctimas de la crueldad del gobierno español. Protegió con empeño á los soldados franceses de la furia de los soldados portugueses, y á aquellos de los soldados enemigos á quienes la suerte de la guerra hiciera caer en sus manos después de la evacuación de Oporto. «Por las leyes de la guerra, dijo, tienen derecho á mi protección, la que estoy resuelto á otorgarles.» Permitió á los cirujanos franceses que cuidaran de los enfermos del ejército de Soult, y que pasasen de un campo á otro, con un salvo conducto.

Poseía el mismo sentimiento de honor al tratar con el enemigo. Cuando le fué propuesto en la India que acabara la guerra con Doondiah Waugh con el puñal, rechazó con desprecio el ofrecimiento. Y cuando parecía probable una sublevación de las tropas de Soult en España, y le fué pedido al duque que la ayudara, dió igualmente una resuelta negativa. Consideraba indigno de sí mismo, y de la causa de la cual era campeón, obtener por medio de un motín militar aquello que sólo debiera ser premio de la habilidad y del valor.

Cuando estaba en Torres Vedras, deseaba inspeccionar las líneas inglesas el príncipe de Essling. Se adelantó hasta estar bajo los fuegos de una batería inglesa, y las examinó con un antejo, que hizo descansar sobre una pared baja de un jardín. Los oficiales ingleses le vieron y aunque habrían podido abrumar al estado mayor del general en jefe con una descarga general de los cañones, sólo tiraron un cañonazo para hacerle

presente el peligro. El tiro se hizo con tal puntería que fué perforada la pared en que descansaba el antejo del general. Massena comprendió la cortés advertencia. Saludó á la batería, montó á caballo y se alejó.

Lo mismo sucedió con Wéllington en Waterloo. Mientras que el duque estaba observando las formaciones francesas, se le aproximó un oficial de artillería y señalando hacia el sitio donde estaba Napoleón con su estado mayor, le observó « que podía alcanzarlos fácilmente, y que no tenía duda alguna que podría voltear algunos de ellos. — No, no, contestó el duque; los generales que mandan ejércitos en una gran batalla tienen algo más que hacer que el estarse tiroteando mutuamente. »

Después de la caída del imperio, rechazó Wéllington con desdén la propuesta de deshacerse de Napoleón dándole muerte. « Una acción semejante, dijo, nos deshonraría ante la posteridad. Se diría de nosotros, que no éramos dignos de ser los vencedores de Napoleón. » Á sir Carlos Stéwart le escribió: « Blücher quiere matarle; pero yo le he dicho que me opondré, y que insistiré en que se disponga de él por un acuerdo común. He dicho igualmente que, como amigo particular, le aconsejaba que nada hiciese en asunto tan vil; que él y yo habíamos representado papeles demasiado distinguidos en estos negocios para constituirnos en verdugos; y que por mi parte estaba resuelto, si los soberanos querían sentenciarle á muerte, á que nombrasen un verdugo, y éste no lo sería yo, por cierto. »

¡Ha sido una extraña correspondencia á su ansiedad por la conservación de la vida de Napoleón, el que éste último haya dejado un legado de 10,000 francos al ente miserable que intentó asesinar al duque de Wéllington!

El duque era hombre de verdad y quería que sus subordinados lo fuesen también. En 1809 escribió al general Kellermann: « Cuando los oficiales ingleses dan su palabra de que no intentarán fugarse, podéis estar seguro de que no faltarán á ella. Os aseguro que no vacilaría en arrestar y enviaros inmediatamente á cualquiera que obrara de otra manera. »

El duque era hombre magnánimo. El cohecho no le podía

comprar, ni las amenazas conmoverle. Cuando se le ofrecía un puesto más inferior, decía: « Dadme vuestras órdenes y seréis obedecido. » Su obediencia, su rectitud y su fidelidad eran perfectas. Nada pensaba de sí, pero sí de los demás. Carecía completamente de envidia. Nunca disminuía la fama de otros para ensalzar la suya. Cuidaba tanto de la reputación de sus oficiales como de la suya propia. Cuando no andaba bien alguna cosa — como en Burgos — cargaba sobre sí toda la responsabilidad de la falta. Sostuvo á Graham, Hill y Crawford, contra las difamaciones de que eran víctimas en Inglaterra. Poseía esa firmeza de convicción y grandeza de alma que podía hacerle despreciar la injusticia y la calumnia. Cuando fué felicitado por la municipalidad de Madrid, no se atribuyó méritos por sus servicios, sino que hizo presente que « las eventualidades de la guerra están en manos de la Providencia. »

Pero el rasgo más grande del carácter de Wéllington fué su invariable sentimiento del deber. Era el rasgo principal de su carácter — el elemento real y preceptivo que lo subordinaba todo á sí. Fué su deseo constante y determinación fija, hacer siempre fielmente aquello que consideraba que era su deber, — y cumplirlo porque *era* su deber. Vivía para una cosa — cumplir con su deber como soldado — cumplirlo con todas sus facultades, cumplirlo á todo riesgo, cumplirlo del mejor modo posible, hasta donde se lo permitieran su saber y poder, hasta donde alcanzaran sus medios y de tal modo que se pudiera asegurar el éxito final. Es instructivo ver lo que comunica al carácter la unidad, la sencillez, la fuerza y un principio claramente comprendido y observado con consistencia<sup>1</sup>. En sus últimos días, dijo Brialmont que « era el más grande y verdadero de los hombres que habían producido los últimos tiempos. Era el súbdito más sabio y más leal que jamás haya servido y sostenido el trono británico. »

He aquí un ejemplo del modo como ha sido constituida sólidamente una nación. Cuando Rusia estaba bajo la planta de

1. Véase *Wellington* por el reverendo TOMÁS BINNEY.

Napoleón, cuando su gobierno era un cero y Prusia una mera tributaria del Imperio francés, apareció Von Stein para liberar á su patria. En octubre de 1807, concibió Stein la idea de emanciparla concediendo la libertad al pueblo. La esencia de su plan estaba contenido en estas notables palabras: « Lo que el Estado pierda en grandeza extensiva debe ganarlo en fuerza intensiva. » La verdadera fuerza del reino, decía él, no se la debe buscar en la aristocracia, sino en toda la nación. « Para elevar un pueblo es necesario dar libertad, independencia, y propiedad á sus clases oprimidas y extender la protección de la ley á todos igualmente. Emancipemos al campesino, porque sólo el trabajo libre sostiene efectivamente á una nación. Devolved al hombre del campo la posesión de la tierra que labra, porque solamente el propietario independiente es valiente para defender su hogar. Libertad al ciudadano del monopolio y de la tutela de la burocracia, porque la libertad en el taller y en el municipio ha dado al antiguo burgués de Alemania la digna posición que sostenía. Haced saber á los nobles propietarios de tierras, que el rango legítimo de la aristocracia sólo puede sostenerse por el servicio desinteresado en favor del condado y del Estado, pero que es minado por la exención de pagar contribuciones y otros privilegios inexcusables. En vez de limitarse la burocracia al saber pedante de los libros, y en vez de estimar sobre todas las cosas la cinta colorada y el sueldo, debiera estudiar al pueblo; vivir con el pueblo y adaptar sus medios á las realidades vivas de la época. »

Tal fué el plan con que obró Stein. La servidumbre quedó abolida dando una indemnización á los nobles. Ante la ley quedaron abolidas las distinciones de clases. Establecióse un sistema municipal. La juventud de Prusia fué instruída gradualmente y también universalmente en el manejo de las armas. Al mismo tiempo había oído hablar Napoleón de un cierto Stein<sup>1</sup>,

1. Cuando Stein estaba para dejar á Berlín por Breslau, llegó el nuevo ministro francés á la corte prusiana, llevando consigo el decreto siguiente: « 1.º El llamado Stein, al tratar de excitar disturbios en Alemania, es declarado enemigo de Francia y de la Confederación del Rin. 2.º Los bienes que dicho Stein poseyera, ya sea en Francia ó en territorio de la Confederación del Rin,

que estaba ocupado en reparar los reveses de Prusia; y en 1808 fué obligado á renunciar su puesto y á refugiarse en Austria. Pero sus planes fueron seguidos cuidadosamente por su sucesor, el conde de Hardenberg. Poco tiempo después tuvo lugar la batalla de Leipzig, donde los ejércitos de Napoleón fueron arrojados hacia Francia. Algunos de los planes de Stein no habían sido realizados, y la representación nacional que propuso, fué postergada para algún tiempo. Sin embargo, la servidumbre había sido abolida y los cimientos de la futura prosperidad de Prusia habían sido puestos. Stein murió en 1831, dejando tras de sí la reputación de haber sido uno de los caracteres más firmes y de los hombres de Estado más grandes que haya producido Prusia.

Hace como unos tres años, cuando fué descubierto en Berlín el monumento elevado á Stein, que el doctor Gneist, profesor de derecho, recordó las grandes cosas que había hecho el héroe á favor de Prusia. Dijo que él defendió la religión como la verdadera base de la vida moral; que los placeres sensuales, la ociosidad y el amor al lucro y á las riquezas, nunca podrán ser suficientemente impedidos sino por el patriotismo y el amor hacia sus semejantes; y que las formas constitucionales son un asunto de relativa indiferencia mientras exista la libertad. « El hombre á quien debemos estas lecciones no era un hombre de palabras, sino de hechos, hechos basados sobre un carácter lleno de patriotismo, energía, verdad y fe. Profundamente penetrado del temor de Dios y, á causa de ello, libre de todo temor á los hombres, con grandes propósitos y no titubeando nunca cuando trataba de realizarlos hasta en medio de las mayores dificultades, frecuentemente se contentaba con establecer los principios, dejando su ejecución así como la prudente selección, los medios y modos á los demás. Lleno de noble indignación contra el miedo y la pusilanimidad, el egoísmo y las fatales apariencias; allivo, brusco é imperioso dónde se

serán secuestrados. El dicho Stein será aprehendido donde quiera que se le pueda tomar por nuestras tropas ó las de nuestros aliados. El 16 de diciembre de 1808. — NAPOLÉON.

requerían estas cualidades, luchaba atrevidamente contra las preocupaciones y costumbres antiguas. Fué un don misericordioso de la Providencia el que éste noble Stein, esta preciosa piedra y joya de nuestra unidad, fuese un diamante en bruto, que guardaba en su carácter todo el rigor y vigor indispensables al reformador. Tampoco necesitamos alegrarnos por poseer un monumento que nos recuerde al difunto estadista, pues todas las instituciones de la Alemania moderna llevan el sello de su espíritu. Ni tampoco deseamos jactarnos de este monumento como un símbolo de gloria. La idea misma de la gloria le era completamente odiosa á su alma pura, á todo lo que escribió é hizo. No, como nos lo dice la inscripción en el lenguaje más sencillo, éste no es un monumento de gloria, sino de gratitud, un monumento de la victoria, sino de agradecimiento.»

Los que ahora vivimos hemos visto crecer á nuestra vista una nación á la vitalidad. Hace unos cuarenta años que aparecía muy obscura la fortuna de Italia á sus más ardientes admiradores. Aquella capacidad para el gobierno propio, que por un tiempo fué la gloria de las repúblicas italianas, parecía haberse extinguido. Se creía que el pueblo había perdido sus antiguas cualidades políticas. Á la caída de Napoleón, Italia fué dividida entre una pandilla de pequeños absolutistas, que gobernaban al pueblo con un látigo de acero. Sólo en 1848 fué cuando Carlos Alberto, rey de Cerdeña, apareció atrevidamente y sostuvo los principios de un gobierno constitucional. En ese año se extendía sobre Europa una gran guerra revolucionaria. En las calles de París se levantaron barricadas y Luis Felipe huyó á Inglaterra. En Berlín peleaban en las calles las tropas y el pueblo, y la ciudad fué declarada en estado de sitio. Estalló una insurrección polaca que fué sofocada después de una espantosa carnicería. La ciudad de Praga se sublevó contra los austriacos. Messina fué bombardeada por el rey de Nápoles.

El papa huyó á Gaeta y se formó una república romana. El pueblo de Milán se levantó contra los austriacos y los arrojó.

Siguió Venecia, formándose un gobierno provisional bajo la presidencia de Daniel Manin.

Carlos Alberto acudió en auxilio de los milaneses. Los austriacos con grandes fuerzas le hicieron retroceder hacia Turín, le derrotaron en Novara y volvieron á tomar posesión de las provincias insurreccionadas. El rey abdicó en favor de su hijo Víctor Manuel. Cuando el joven rey aceptó la corona, señaló con su espada hacia el campamento austriaco y exclamó: «¡Per Dio, l'Italia sarà!» En ese momento parecía una bravata. Sin embargo, se realizó la profecía. El mariscal Radetzky le propuso que aboliera la Carta constitucional concedida al pueblo por su padre, y que siguiese la política austriaca de represión y obscurecimiento. El joven rey rechazó la proposición y declaró que antes que subscribir semejantes condiciones, estaba pronto á renunciar no solamente una corona, sino mil. «La casa de Savoya, dijo, conoce el camino del destierro, pero no el de la deshonra.» Radetzky, aunque vencedor, reconoció la magnanimidad del joven rey. «Este hombre, dijo, es un hombre noble; nos va á dar mucho que hacer.»

El rey era apoyado y sostenido por hábiles hombres de Estado. En los días de pesar que siguieron á Novara, dijo Cavour: «Cada día de existencia es una ganancia.» Cuando tuvo lugar la guerra contra Rusia, pareció una cosa atrevida de parte del rey de Cerdeña el haber enviado quince mil hombres del ejército á Crimea. Cuando Cavour fué informado de que la infantería de Cerdeña estaba luchando con lodo en las trincheras, exclamó: «No importa; con ese lodo Italia será reconstruida.» Austria miraba con indignación el creciente poder del rey y pidió á Cerdeña que se desarmara, so pena de un inmediato rompimiento de hostilidades. Víctor Manuel lanzó una proclama. «Austria, decía, está aumentando sus tropas en nuestra frontera, y amenaza invadir nuestro territorio, porque aquí reina la libertad con el orden, porque aquí no es la fuerza sino la concordia y el afecto entre el pueblo y el soberano el que gobiernan el Estado; porque los lamentos de Italia encuentran aquí un eco; y Austria se atreve á pedirnos, á nosotros que estamos

armados únicamente en defensa propia, que depongamos las armas y nos sometamos á su clemencia. Esa petición injuriosa ha recibido la contestación merecida: la rechazamos con desprecio... ¡Soldados, á las armas!

El emperador Napoleón tomó parte á favor del rey de Cerdeña, su aliado, y declaró la guerra al Austria. Principió la guerra y los austriacos fueron rechazados en Montebello, Magenta, Marignano y Solferino. El tratado de Villafranca terminó la campaña, y Lombardía, Toscana, Parma, Módena y Bolonia fueron unidas á la Italia del Norte. En seguida tomó Garibaldi la iniciativa é invadió la Sicilia. Ganó batalla tras batalla, y entró solo en Nápoles, como pasajero de primera clase en un tren del ferrocarril del sur. Jamás había sido conquistado un reino de ese modo. Pero la época era propicia, y el pueblo estaba en favor de la unidad de Italia. Venecia y Roma fueron las últimas en entrar en la unidad nacional.

Italia fué fundida en un Estado. Unida, se hizo una nación. Ahora es una de las grandes potencias europeas. En pocos años ha salido Italia al escenario con promesa de grandeza futura. Consideramos este hecho como una de las más grandes conquistas morales del siglo diez y nueve. Las naciones no nacen en un día, pero en esto hay un ejemplo de una nación que se prepara á través de muchas generaciones, de lucha y de vicisitudes, para hacer prevalecer su derecho supremo, y para reclamar su privilegio supremo como un pueblo unido.

No olvidemos los horrores de la guerra en nuestros ejemplos de la vida del militar y del patriota. Europa esta llena de ejércitos permanentes. Las ciencias se han consagrado últimamente al invento y fabricación de máquinas para matar hombres; el cañón de acero rayado, el Minié, el Gátling, el fusil Martini, Henry, el torpedo y otros instrumentos de guerra. Toda nación está vigilando á las otras, y á la menor provocación está pronta á batirse para tomar venganza, para obtener supremacía, ó para conquistar. Lo mismo en Francia, que en Alemania y en Rusia.

La última guerra europea tuvo lugar en Oriente. Los turcos

cayeron sobre los turcos, y después de muchos combates furiosos fueron empujados los turcos dentro de los muros de Constantinopla. Veamos un campo de batalla después que han pasado los esplendores del combate, el aparato marcial, la carga, la intensa excitación, los hechos de valor, y la gloria después de la victoria. En mayo de 1879 acompañaba el señor Rose al general Scobelev en una visita al paso de Shipka.<sup>1</sup> « Cerca de los pueblos de Shipka, dice el señor Rose, salió el general Scobelev de su tienda de campaña, y agregándosele todo el estado mayor, principiamos á hacer bajo su dirección, una inspección detallada de sus posiciones. Habíamos andado algunos pasos cuando llegamos á una cruz de madera levantada debajo de la sombra de cuatro hayas frondosas. El general se descubrió en el acto, ejemplo que siguieron todos, y permaneció en silencio durante algunos minutos. Separándose de allí me dijo el general: « Ése es el sepulcro de un héroe, y en el día de la batalla, yo ordené especialmente que esa cruz fuese puesta sobre su tumba, para marcar su último sitio de reposo. Era un niño de quince á diez y seis años, y de una buena familia en Rusia. Durante la guerra, entusiasmado por el ardor militar y por la justicia de la causa por que peleaban los ejércitos de la Rusia sagrada, escapóse de la escuela y de su hogar, y llegó hasta el teatro de la guerra. En Plewna le acepté como voluntario, y se batió valerosamente y bien en el gran asalto y toma subsiguiente de la fortaleza de Osmán bajá. En Senova mandaba una compañía del regimiento 32, y tuvieron encargo de hacer el asalto por el reducto del centro. Arrastrado por su entusiasmo y completa indiferencia del peligro, dejó el joven pronto atrás á sus soldados, y salvó de la lluvia de balas para ser muerto á bayonetazos, al entrar en el reducto. ¡Su vida fué breve pero heroica! »

Tal es el heroísmo; y ahora la consecuencia. « Atravesando el río, penetramos en el reducto del centro de la pequeña pe-

1. *Senova and Shipka* Revisited por W. KINNAIRD ROSE. *Gentleman's Magazine*.



ínsula, y ¡qué espectáculo se nos presentó! Al rededor del portón del reducto estaban desparramados botes de metralla deshechos, fragmentos de granadas, girones de uniformes, como si la batalla hubiera tenido lugar sólo algunos días antes. Pero difícilmente estaba preparado yo para el espectáculo de adentro. Algunos centenares de hombres habían sido enterrados allí precipitadamente; pero las lluvias y las nieves habían desparramado la tierra suelta, los perros y los lobos habían hecho lo demás, y por todo el suelo del reducto estaba esparcida una gran mezcla de huesos humanos. Vértebras, canillas y brazos, mezclados en las más extrañas formas con cráneos blanqueados por el sol y la lluvia. « ¡Observad cómo gesticulan esas bocas sin vida y sin aliento! ¡Observad cómo ríen y se mofan de todo lo que sois, y sin embargo, eran lo mismo que vosotros sois! » Yo he experimentado todos los estremecimientos de un paseo á través de un campo de batalla inmediatamente después del suceso, mientras que aun estaba la tierra enteramente cubierta con otra arcilla — amontonados el jinete y el caballo, el amigo y el contrario — pero no experimenté ni la mitad del horror que me causó este espectáculo diez y seis meses después que habían cesado sus tumultos y alarmas. Cuando contemplábamos este osario me dijo el general Scobleff: « ¡Y ésta, ésta es la gloria! — Sí, contesté yo, después de todo, general,

The drying up a single tear has more  
Of honest fame than shedding seas of gore<sup>1</sup>.

« Tenéis razón, replicó él, y sin embargo, no soy otra cosa más que un soldado. »

1. El hecho de secar una lágrima tiene más de honrada fama, que el derramar mares de sangre.

## CAPÍTULO IX

### Heroísmo en la beneficencia.

Mano de mujer, pero mano de hierro. — *Proverbio francés*<sup>1</sup>.

Quien no sufre, no vence. — *Proverbio italiano*<sup>2</sup>.

El que lucha vence. — *Proverbio escocés*<sup>3</sup>.

La senda del deber en este mundo es el camino de la salvación en el otro. — *De un sabio judío*<sup>4</sup>.

Porque ninguno de nosotros vivió para sí, y ningún hombre murió para sí. — *SAN PABLO*<sup>5</sup>.

En los tiempos antiguos, eran sinónimos virtud y valor. El valor, el antiguo valor romano, era consideración, valer. Era vigor y fortaleza, eficaces para nobles propósitos. Aquel que mejor sirve á sus semejantes — que los eleva — que les salva — es el más valiente.

Hay también un valor interno, de conciencia, de honradez, de abnegación, de sacrificio de sí mismo, de atreverse á hacer lo que es justo á la faz del menosprecio de la sociedad. Su rasgo característico es la grandeza de ánimo. El sufrimiento y la energía son el alma del valer, el verdadero valor.

El valor cuyo teatro es el campo de batalla no pertenece al orden más elevado. En medio del ruido de las bayonetas y el estruendo del cañón, se sienten excitados los hombres para cometer actos de osadía, y están prontos á dar su vida en favor de su patria. ¡Honor á ellos!

1. Main de femme, mais main de fer. — *Proverbe français*.

2. Chi non soffre, no vince. — *Proverbio italiano*.

3. He who tholes overcomes. — *Scottish proverb*.

4. The path of Duty in his world, is the road to Salvation in the next. — *JEWSISH SAGH*.

5. For none of us liveth to himself and no man dieth to himself. — *SANCT PAUL*.